

El Medio Ambiente, la Sociedad Civil Organizada, y la Academia Ambiental

Victoriano Garza Almanza¹

Resumen

Se discute la diferencia entre ecologistas y científicos, entre la acción razonada y la sentida para el cuidado y conservación de la naturaleza, y la protección de la salud frente a desastres ambientales. El papel activista de los organismos no gubernamentales y el exclusivista de los académicos.

Palabras clave: ecologismo, ambientalismo, organismos no gubernamentales, universidad.

Ecólogos y Ecologistas

Quiero hablar un poco sobre las organizaciones no gubernamentales y no lucrativas, mejor conocidas como ONGs, en particular sobre esas que están dedicadas a diversos aspectos de la protección ambiental, y sobre su relación con la educación ambiental universitaria.

En principio, cabe aclarar que, a este tipo de ONGs se las identifica como agrupaciones ambientalistas o ecologistas. Pero también debo añadir que en español, ambos términos están muy relacionados, lo cual no ocurre en inglés, donde incluso son antagónicos.

En español, ambientalistas y ecologistas se refieren a esos movimientos sociales formados por individuos convencidos de que las actividades del hombre están impactando negativamente al medio ambiente físico y a la naturaleza viva, y que están comprometidos con una causa en pro de la conservación de los recursos naturales abióticos y bióticos.

Por ejemplo, para aclarar un poco más los conceptos *ambientalista* y

ecologista, un ambientalista buscaría proteger al ambiente físico, digamos recursos hidráulicos, de la sobreexplotación, mientras que un ecologista, por otro lado, intentaría defender de la acción humana a la vida silvestre endémica presente en un territorio deseado por alguna industria hotelera.

Ambos, los ambientalistas y los ecologistas, pueden conducirse guiados por el sentido común que les permite darse cuenta de que algo perjudicial ocurre cuando se sobreexplota una fuente de agua o cuando se invade un terreno donde habitan especies únicas. Y cuando de ese entendimiento surge la motivación para actuar y proteger al entorno, brota el activismo ambiental o el activismo ecológico.

En cambio, en la academia podemos encontrar tanto científicos ambientales como ecólogos.

¿Cuál sería entonces la diferencia del ambientalista y el ecologista con respecto al científico ambiental o al ecólogo?

¹ Depto. de Ing. Civil y Ambiental. Instituto de Ingeniería y Tecnología. UACJ. vgarza@uacj.mx

A que en estos últimos dos la toma de conciencia sobre lo que ocurre al recurso hidráulico o a las especies en peligro de extinción, se construye en base a la educación formal, al estudio, y la investigación en claustros universitarios o centros especializados.

Y la diferencia es muy profunda, en base a poca información el activista **cree** que algo ocurre en el medio y que está mal lo que sucede; se arraiga en él o ella una **creencia**.

Por su parte, el científico, a partir de su conocimiento especializado, y del empleo de ciertos métodos y técnicas, establece un modelo aproximado a la

realidad sobre lo que acontece en ese medio y en qué grado está mal eso que sucede. Es decir, configura una **idea científica**.

Las diferentes maneras de enfocar y conceptualizar la problemática del medio ambiente, ha hecho casi irreconciliable al **activismo ambientalista** con el **cientificismo ambiental**. Y mientras que unos son amateurs voluntarios los otros son profesionales bajo contrato; unos, los ambientalistas, se asocian en organismos no gubernamentales u ONGs y los otros, los científicos, se agremian en universidades y centros de investigación.

Sobre la Militancia Ambientalista

Los movimientos ambientalistas y ecologistas como tales, surgieron en el siglo XIX, siendo Estados Unidos y Europa donde cobraron identidad, presencia, y legitimidad.

En el último cuarto del pasado siglo XX hubo una explosión de organizaciones ambientalistas en el mundo, y ahora son cientos de miles las que existen.

En México, la primera agrupación de este tipo surgió a mediados de los setentas del pasado siglo XX; la fundó el arquitecto chihuahuense Alfonso Ciprés

Villarreal, y la llamó: *Movimiento Ecologista Mexicano*.

La agencia mexicana *Redes Verdes*, que es un sencillo *clearinghouse* sobre organizaciones ambientalistas, creó un directorio de instituciones nacionales que agrupa a 1,464 organismos.

La última actualización data del año 2008. Revisando su lista, uno encuentra que tiene agregadas a toda clase de entidades sociales no ambientalistas, incluso muchas de carácter lucrativo, llámense:

1. Partidos políticos	2. Consultoras ambientales	3. Negocios de limpieza
4. Productores de madera o peces	5. Académicos consevacionistas	6. Agencias de viajes
7. Grupos de género	8. Proyectos de salud	9. Educadores rurales
10. Campesinos agremiados	11. Derechhumanistas	12. Agrupaciones extranjeras
13. Centros turísticos	14. Zoológicos	15. Fabricantes
16. Centros de servicios	17. Entre otros	

Con esto, la lista se reduce a menos de 300 grupos ecologistas en un país de 110 millones de habitantes. Además, casi el total de las organizaciones catalogadas en esa base de datos carece de páginas web que las identifique, que muestre su agenda y los resultados de su activismo, por lo que sus antecedentes en internet son casi inexistentes. Algunas de ellas son tan pequeñas que apenas se constituyen por una sola persona.

El caso de *Redes Verdes Chihuahua* tiene registrados 19 organismos: 1 de Parral, 5 de Ciudad Juárez y 13 en la ciudad de Chihuahua. De esa cantidad, únicamente 7 podrían clasificarse como organizaciones ecologistas.

Seguramente el catálogo de *Redes Verdes* no enlista a todas las agrupaciones ambientalistas del país, pero aún así, es muy probable que en México no haya más de 500 grupos bien organizados y haciendo verdadero activismo.

En el planeta existen cientos de miles de movimientos ambientalistas y ecologistas, algunos tan grandes como *Conservación de la Naturaleza (The Nature Conservancy)* que maneja presupuestos anuales superiores a los 1000 millones de dólares, o pequeños como el de *Casa Ecológica de la comuna de Estación Central* de Santiago de Chile, desaparecida hace al menos 15 años, que durante años fue sostenido por la voluntad y el esfuerzo de las amas de casa y jóvenes estudiantes universitarios de ese barrio.

Ambientalistas y Científicos

Los estudios acerca de los movimientos ambientalistas son abundantes, pero uno de ellos en particular, producido por el Fondo para la Conservación (*The Conservation Fund*), que es en sí mismo

otra ONG, encuestó a miles de agrupaciones en los Estados Unidos.

Uno de los aspectos que destacan los encuestados es el de la difícil relación que los ecologistas guardan con los científicos, y expresan lo siguiente:

“Descubrimos que, desafortunadamente, la academia no está del todo bien equipada para ayudar a desarrollar liderazgo entre los organismos no gubernamentales u ONGs. Prácticamente no hay programas académicos en recursos naturales, conservación o ciencias ambientales que pongan atención a las peculiares necesidades de las ONGs profesionales. Y se entiende, la academia responde a su propio mercado: estudiantes que desean ser entrenados para trabajos bien pagados en la industria o el gobierno”.

Una visión contraria a la anterior, expresada por Lane Simonian en su libro: *La defensa de la tierra del jaguar: Una historia de la conservación en México*, refiere el desdén que los académicos

mexicanos han tenido en contra de los ecologistas, a los cuales denominan “nuevos advenedizos” a la defensa y conservación de la naturaleza. Y relata:

Enrique Beltrán (considerado el primero biólogo de carrera en la historia del México) decía que los ambientalistas “sólo añadían confusión y ofrecían soluciones absurdas.” Arturo Gómez Pompa (un ecólogo mexicano reconocido y multi premiado internacionalmente), compartía el sentimiento de Beltrán. Advertía que la proliferación de asociaciones “ecologistas” era un desarrollo peligroso. Debido a su

ingenuidad, (aseguraban esos Beltrán y Gómez Pompa) los ambientalistas desorientan al público al ofrecer evaluaciones demasiado pesimistas (mal informadas y no científicas) sobre el estado del medio ambiente mexicano. Lo que debería de haber sido una alianza natural entre conservacionistas (los científicos) y (los) ambientalistas (activistas), fue obstaculizada por el desacuerdo de si la ciencia debía informar al activismo ambientalista.”

Informar o No Informar desde la Universidad

Por una parte, aquí emerge un aspecto ético, y por la otra, otro de conveniencia o de sobrevivencia.

Hagamos la suposición siguiente: un investigador encuentra que un asentamiento humano de nueva creación, en la orilla de cualquier población de México, se levantó sobre una parcela que en un tiempo anterior estaba fuera de la ciudad y fue utilizada para sepultar residuos tóxicos.

Posteriormente, el científico identificó los tipos de materiales tóxicos en el subsuelo, su concentración, estableció las rutas ecológicas, las rutas epidemiológicas, luego determinó el riesgo a la salud de los nuevos residentes que ahí estaban expuestos, etc.

La pregunta que se plantea el científico es, ¿qué hacer con los datos que acabo de descubrir y medir?

Escenario 1:

Si hace público lo encontrado a través de los medios masivos, va a provocar un caos, lo van a acosar incansablemente, y hasta puede perder su empleo y no encontrar otro parecido.

Escenario 2:

Si para calmar su conciencia el científico entrega la información a las autoridades, de antemano sabrá que la indagación será archivada.

Escenario 3:

Si entrega sus resultados a una ONG ambientalista, seguramente estallará la bomba. Eso lo lleva al escenario uno.

Escenario 4:

Hace lo que está acostumbrado hacer, o sea publicar sus datos en revistas internacionales y presentarlos en conferencias de expertos. Este proceso toma bastante tiempo, se curte la información a lo largo de los años, y poco a poco comienza a permear a la sociedad. Para entonces la situación habrá cambiado y llegarán otros estudiosos a averiguar qué ha ocurrido con la salud de los niños expuestos a esos tóxicos durante cinco, diez años o veinte años. Se repite el ciclo del primer investigador.

El ambientalista, por otro lado, sin duda hubiera acometido de otro modo. La simple sospecha de que algo peligroso existía en los cimientos de las casas habitación, parques, y escuelas del

asentamiento en cuestión, lo hubieran movido a actuar con rapidez y energía, a llamar la atención de los colonos y autoridades, a obligar una contestación.

Al propio tiempo intentaría averiguar por procedimientos más científicos el tamaño del riesgo, quizá contratando a una empresa consultora o, paradójico, a un investigador universitario.

Casos verdaderos y similares al mencionado, con toda clase de respuestas por parte de los estudiosos oficiales o académicos, se han presentado en Los Ángeles, California; Sunland Park, New Mexico; Ciudad Juárez, Chihuahua; San Luis Potosí, SLP; Monterrey, NL; Nogales, Sonora; y muchas otras ciudades, e inexplicablemente la experiencia de los cientos de casos documentados no ha trascendido al discurso de la enseñanza de las ciencias ambientales o de la salud ambiental

universitaria; tampoco a obras de difusión que pudieran servir de guía y aprendizaje a las ONGs ambientalistas de México y otros países. Trátese de este tema como de otros igual o más preocupantes.

Es preciso mencionar también que la percepción que el público suele tener sobre los ambientalistas y los científicos, normalmente favorece a los primeros cuando se han involucrado con la sociedad; en cambio, los científicos casi nunca dejan buena impresión cuando, por ejemplo, se sabe que sólo acuden a ellos para tomar muestras de sangre de sus hijos, o del polvo dentro de sus casas, etc., porque normalmente no les dicen que encontraron ni que hacer en casos de que exista un riesgo o el peligro ya esté afincado en el lugar.

Cómo Trabajar Juntos Ecologistas y Ecólogos y en Qué

¿Cómo podría los profesores investigadores de un programa ambiental universitario coadyuvar con los esfuerzos activistas de un movimiento ecologista sin traspasar los linderos de su razón científica y sus procedimientos lógicos?

A grosso modo identifico varios elementos:

1. Educación informal
Los profesores investigadores universitarios pueden desarrollar cursos para legos sobre temas tan básicos como la contaminación de un cuerpo de agua, o los riesgos de un suelo contaminado con plomo, o el control de plagas dentro del hogar o los alrededores sin utilizar plaguicidas, etc.
2. Asesoría
Brindando consejos sobre situaciones específicas
3. Proyectos
Enseñándoles a generar su propia información, a manejarla, a elaborar propuestas, o incentivarlos para desarrollar proyectos de reciclaje, de arborización, etc.
4. Análisis de políticas
Alfabetizarlos con respecto a las leyes y sus derechos ambientales.
5. Conflictos ambientales y orientación de denuncias y reclamos ambientales
6. Capacitación
Impartirles seminarios, cursos, talleres.
7. Monitoreo

Ayudarles a establecer sistemas de monitoreo a problemas ambientales de sus barrios

8. Autoestudio

Es decir, cómo estudiarse a sí mismas y a otras agrupaciones

9. Otras más

La Universidad y el Pueblo

En lo personal soy de la idea que si la universidad pública mexicana, que obtiene sus recursos del erario público, abriera programas de **universidad abierta** para la gente, como lo hacen muchas universidades del mundo, donde el obrero o el ama de casa o cualquier interesado pudieran asistir libremente y tomar cursos formales y gratuitos o a bajo costo, nomás inscribiéndose y sin necesidad de mostrar títulos o certificados, y dándoles oportunidad de pisar la universidad a quienes alguna vez tuvieron un sueño y se quedaron con la idea de que jamás tendrán oportunidad de hacerlo, formaría activistas y ciudadanos diferentes a los que somos.

La más importante investigadora de los chimpancés de todos los tiempos, cuyos estudios de campo cambiaron la idea del hombre como única especie pensante y creadora de herramientas, la señora Jane Goodall, sirvió en África como asistente a al antropólogo Louis Leakey en los años cincuentas.

Goodall era una secretaria inglesa a la que la universidad abierta dio la oportunidad de estudiar un par de cursos de filosofía y psicología, que cambiaron su vida. Ella agradece a esos dos cursos la forma de ver diferente a los chimpancés a como lo hacían los científicos en los años 50s y 60s.

Actualmente, Jane Goodall ostenta 39 doctorados honoris causa otorgados por las más importantes universidades del mundo. La señora Goodall no puede escribir, es disléxica. También es ecologista recalcitrante.

La mayoría de los ambientalistas y ecologistas no son profesionales universitarios dados a calcular lo que ocurre en la naturaleza con la razón científica, y a pensar que con los meros instrumentos de la tecnología se resolverá todo, sino personas persuadidas de que con nuestros actos y forma de vida, que debemos cambiar o abandonar, estamos contaminando y destruyendo el ambiente global, y, con nuestra conducta irreverente, provocando la desaparición de millares de especies.

Los ambientalistas y ecologistas están convencidos de que, como una vez me dijo el respetable microbiólogo y descubridor de especies bacterianas Sam Singer, de la Universidad de Illinois:

Para entender lo pequeño lo mismo que lo gigantesco, el cerebro no puede prescindir del corazón.

Sólo así podrá cambiarse el rumbo de lo que los científicos han demostrado que está aconteciendo en el ambiente planetario a causa nuestra, y que es el sentir de la lucha de ecologistas y ambientalistas.